
María Soledad Sánchez Gómez

Adrienne Rich: una política revolucionaria del deseo

La libertad del escritor para comunicar no puede separarse amputándola de la educación pública universal y del acceso público y universal a la palabra.

Adrienne Rich

Marisol Sánchez es miembro del consejo de apoyo a Trasversales. Traductora al castellano de numerosas obras de Adrienne Rich.

<http://obstinados.wordpress.com/>

El pasado 27 de marzo falleció la excepcional poeta, teórica, crítica y feminista norteamericana Adrienne Rich. Afectada por una dolorosa artritis reumatoide que le produjo desde su juventud una marcada cojera, murió a consecuencia de complicaciones derivadas de esa enfermedad.

Como estudiosa y traductora de sus poemas y ensayos al español pero sobre todo como admirada lectora *sólo puedo expresar el duelo que tantos y tantas compartimos ante la pérdida de un referente de tal estatura en estos tiempos menesterosos, que diría Hölderlin*. Y es que Rich ha sido una poeta de excepcional lucidez que ha hecho de los versos una personalísima experiencia que recorre toda una vida y un tiempo, y que ha contribuido a configurar la potente poesía escrita por mujeres norteamericanas que, desde los años sesenta, han luchado por expresar una versión femenina del mundo. Considerada una de las mejores poetas de Estados Unidos, son notables sus otras actividades como teórica, activista política y feminista. *Además de ser una voz feminista de extraordinaria importancia, defendió también con valor la necesidad de rescatar los valores del marxismo, algo muy poco trendy en estos tiempos, así como la necesidad de las visiones utópicas de cada uno de nosotros frente a la complacencia y desesperanza de estos tiempos oscuros y difíciles en los que el solipsismo del yo autorreferencial ha sustituido a ese nosotros comunal que es el auténtico motor de un cambio revolucionario. Su poesía y su prosa nos enseñaron a imaginar un lenguaje distinto; un mundo distinto en el que no fuera fácil aceptar lo inaceptable. Un mundo en el que el arte debiera acudir a la llamada de un imperativo moral. Por todo ello esta pérdida es irreparable.*

Rich se definía por encima de todo como poeta. Y era una excelente poeta en cuyos poemas resuenan el amor y el respeto que ella siempre demostró por el lenguaje. Un lenguaje que se enfrenta a un silencio que es el principio básico de la inacción ya que todo aquello censurado y de lo que no se habla revierte en algo paralizante que condiciona nuestras vidas. Para paliar de alguna forma esta omisión histórica, Rich se embarca a lo largo de su obra en la ardua labor de “formular preguntas de mujer” y de mantener viva la idea de que siempre hay una posibilidad de cambio dentro del orden social y político preestablecido. Es precisamente la connotación política de sus versos lo que la hizo no ser considerada inicialmente una poeta confesional más, ya que todos sus poemas son susceptibles de ser interpretados de una manera metafísica o existencial; de hacer extensible dicha experiencia a la de todos nosotros.

Así, Rich fue *evolucionando* desde la domesticidad de los años cincuenta en los que ganaba premios por ser la obediente hija de patriarcas del *establishment* poético como Auden y Yeats, a los airados poemas casi de guerrilla de los 60 o a los concienciados versos feministas de los 70, años en los que Rich emerge como lesbiana, sufre el desgarramiento familiar del suicidio de su marido ante el divorcio y se embarca en una labor incansable como teórica, editora, conferenciante y crítica feminista. En estos años Rich rechaza explícitamente la destructiva labor del hombre en un mundo que, como ella misma dice, “ellos mismos han vendido a las máquinas”. Su ira es incandescente. Acabada la recreación poética de la conciencia de victimización experimentada como mujer, las imágenes de las guerrilleras de sus poemas se transmutan en mujeres exploradoras que transformando obsoletas cartografías se embarcan en un viaje de exploración metafísica.

En 1980 Rich publica el esencial ensayo “Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana”. En él llega a la conclusión de

que la heterosexualidad es una institución que, al igual que la de la maternidad, es utilizada por la sociedad para mantener sometidas y victimizadas a las mujeres. En sus páginas Rich describe la manera en que la violencia masculina se ha manifestado contra ellas, no sólo en la guerra, sino en el lecho que comparten los amantes, en los lugares de trabajo, en la calle, en la mutilación genital, en el proxenetismo o en los medios de comunicación. Frente al aislamiento histórico de las víctimas, Rich propone un espacio ideológico y semántico puramente femenino. A diferencia de las anteriores, caracteriza este espacio como un “continuum lesbiano”, en el que su concepto de lesbianismo, desarrollado a partir de los planteamientos de Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*, se percibe como la negativa deliberada a aceptar la fuerza coercitiva de la heterosexualidad impuesta. Desde esta base Rich construye una resistencia feminista al patriarcado.

Al ser Rich una *endless beginner* (una eterna principiante), como ella misma se define, en 1984 publica “Apuntes para una política de la posición”, un paso más que profundiza en un análisis social y personal que vas más allá de la política de la identidad. En este ensayo Rich abrió la puerta a un tema nuevo, defendido también por autoras como Teresa de Lauretis, Rosi Braidotti o Linda Alcoff, y fundamental para la teoría feminista poscolonial. En él mantiene que la raza, la clase, la religión o el momento histórico en que uno vive interseccionan con la opresión de género en un contexto en que la subjetividad está sometida a permanente cambio. Dentro del entramado de este contexto, el espacio físico ofrece el medio ideal para articular y sostener las diferentes facetas de la subjetividad. Así, Rich se traslada intelectualmente ahora desde *Un atlas del mundo difícil*, (poemario publicado en 1991) a los *Oscuros campos de la República* (1995). Definiéndose como una norteamericana escéptica y convencida de que la sociedad ya no

se deja captar como un todo, hace una reiterada descripción del contexto físico y espiritual norteamericano, al que la autora no denomina “mapa” objetivo sino “mural”, conformado por diferentes interpretaciones subjetivas, todas ellas igualmente válidas. En estos paisajes *morales* se funden lo emocional y lo racional, el paisaje urbano y la identidad; el dolor privado se transforma y se une a ese dolor social compartido que nos inflige el poder político, económico e institucional, plasmándose en un todo poético de enorme trascendencia política que se centra en lo material, que se opone a la abstracción arrogante y privilegiada del poder, y en la posición geográfica y social que ocupamos en el mundo, desarrollando una poética geopolíticamente radical.

De la misma manera, desde entonces defendió incansablemente la necesidad de centrar el contexto de cualquier afirmación, en contraposición a los discursos que tradicionalmente han venido aislando al artista de su matriz social, del momento político en que su arte se crea: “¿Qué le sucede al corazón de quien es artista, aquí, en Norteamérica? ¿Qué peaje paga el arte cuando se separa del entramado social? ¿Cómo se controla el arte, cómo se nos hace sentir inútiles e impotentes en un sistema que depende de nuestra alienación?”, cuestiona lúcida y en la colección de ensayos *Sangre, pan y poesía* (1986).

Para concluir, quisiera destacar que un elemento recurrente en la poesía de Rich de los últimos años es su rechazo a la utilización de la vida personal como base de argumentación (algo defendido por el feminismo de los años sesenta y setenta) que parece haberse convertido con el paso del tiempo en un fetiche de la cultura de masas. En estos tiempos de solipsismo narcisista, vacío y paralizante, es precisamente cuando hay que volver a la potencia revolucionaria de lo comunal, del “nosotros”, sostiene. El arte es un proyecto democrático que crea comunidad, por lo que los escritores,

tal como Rich los percibe, deben reflexionar “sobre el valor de la palabra escrita frente a las enormes necesidades humanas” que existen alrededor de la página. De ahí se deduce la necesidad que todos tenemos de un arte que se resista al contenido del discurso autoritario; un arte que exija responsabilidades éticas y artísticas a quienes lo realizan.

Como dice el poeta James Scully en *Line Break*, ser un escritor radical exige que éste o ésta haga una autocrítica audible en sus poemas. Esto lleva inherente “una praxis social extratextual” en la que no caben huidas ni exilios interiores, algo que suena muy en sintonía con las concepciones izquierdistas sostenidas por Brecht. Y esto es a mi entender lo que Rich ha pretendido siempre llevar a cabo. Y debo añadir que por ello su obra se convirtió para mí en un referente político esencial, ya que ¿cómo dudar a estas alturas de que el feminismo es, más que un movimiento o una teoría, una herramienta para pensar el mundo de una manera alternativa en términos de paridad? En la obra de Rich, el lenguaje es un eje de relación con lo real y el mundo y lo real exige recreación constante. Creo que ésa es la única forma de experimentarlo. Yo, como cualquier otra persona, deseo, necesito, textos que de manera clara me ayuden a subvertir versiones acomodaticias por medio de la creación, la reinención, la insumisión. Textos que me ayuden a reinterpretar mi mundo y el mundo, a recrearlo. Textos, como los de Rich, en los que la creación artística se oponga a repetir mecánicamente la versión oficial, algo muy necesario en estos tiempos de lazo social quebrantado y de auge de actitudes cada vez más reaccionarias.

Madrid, mayo 2012